

IRIS



MÜN. 148

BARCELONA, 8 MARZO 1902

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid

Lo PROHIBIDO



- ¿Irás?
- Allá veremos. Haré un esfuerzo.
- Eres un dechado de descortesía. Nadie se niega á la invitación de una dama.
- Quita mujer, no me vengas con remilgos; ni tú eres dama, ni tu señorío se cotiza en ninguna parte.
- ¡Mal educado! ¡Grosero!
- Ca te fait du mal me petite chatte ça n'est ce pas?*—preguntóla con agresivo retintín.
- Repito que careces hasta de la más elemental crianza. Te portas como un cochero.
- Y tú como una golta, es decir como lo que eres.

Este diálogo con frases aun menos veladas y puleras mantenían por teléfono Matilde Zabela y Luis Casabrede. Era aquel ir y venir de palabras de plebeya extracción gramatical como lo preliminar de toda cita de amor. Aunque aparentase pudibundas rebeldías, á ella la encantaba el vocabulario del mozo. Gustaba en el trato hablado de las frases agudas y audaces; y en las relaciones amorosas prefería el abrazo por sorpresa que sobrecoge y domina al besuqueo mimoso á flor de piel. Nadie viéndola tan escurrída de carnes y mucho menos atendiendo á la expresión de vaga idealidad que había en sus ojos claros, hubiera revelado los impetuosos ardimientos de aquella mujer. Su amante de turno era un sud americano ingerto en inglés, de fornidas espaldas y moreno rostro, uno de esos hombres que despertan al pasar la admiración de todas las mujeres. A Matilde la encantaba su cínica rudeza de expresión. El, incapaz de la menor ternura sentimental, concluyó por despertar en ella uno de esos amores tempestuosos que se resuelven en alegrías delirantes, en borracheras de pasión y en desalentos suicidas. Le hubiera inmolado su vida con la misma sumisa fidelidad con que le sacrificaba su honra en pleno día sin tapujos ni disimulos. Cuando lo mentaba llamábale mi amante con la misma unción religiosa con que hubiera dicho mi Dios.

Aquella tarde vistióse con coqueta prolijidad. Jamás recordaba haber gastado tanto tiempo en su femenino aderezo. Erguida en frente del espejo, la actitud regocijada de la rubia, reflejábanse en el seno cristalino de un armario de luna como en un baño de aguas profundas y quietas. Vestíase sola. Algo de pudor elegante enemigo de todo lo que fuese mostrar desnudeces y un aislamiento voluptuoso que se recreaba en la contemplación de la propia belleza, escusaban á la dama de la ayuda de su doncella. En su diaria conferencia con el espejo la repugnaban testigos. Luego que se hubo lavado y secado con una tohalla de esponjoso algodón, alisose el pelo y se lo fundió en una sola trenza que vino á tomar en lo alto del peinado con la ayuda de unas horquillas de concha la forma de un rodete romano. Poseía Matilde el sentido íntimo de su propia belleza, dóte rara que completa la elegancia de la mujer y que la guía en la elección de su tocado. Perpleja unos minutos en frente de su guardaroja, decidióse por un vestido de paño sedán con adornos de terciopelo y un figaro elegantísimo con aplicaciones de tren-cilla negra, ambas prendas muy recomendadas á la sazón por los patronos de la moda parisiense. El

vestido de paño y la cumplida capa de astracán de seda con que se arrebujó luego de ponerse la capota, dábanle apariencia de mujer nortera, semejante á esas ladies rubias y adustas que solemos ver en las ilustraciones inglesas. Trasponía el umbral de la puerta cuando se detuvo.

—¿Se olvida de algo la señora?—interrogó la sirvienta con oficioso mimo.

—Sí, llégate á mi cuarto y tráeme el Kempis que está sobre el velador de eabecera. Entretanto, voy al gabinete á coger unas flores.

Desembarazose Matilde de su capa, se aproximó al chinero, precioso mueble heredado de sus abuelos, y desgarrando de un ramo colocado dentro de una mayólica unas cuantas violetas y jacintos, se los prendió en la cintura. Y las flores parecieron incensar el corazón de la dama. El pensamiento de que iba á una fiesta de amor avivaba en ella las secretas teraúras de su sexo y el afán de seducir con la elegancia que espolea á toda mujer mundana. No sentía esas mortificadoras impacencias que vienen á ser el mejor condimento del amor prohibido. No. Casada y rica, privada de una familia que sojuzgase su voluntad, hacia Matilde sin reñir abiertamente con las conveniencias sociales, cuanto la daba la gana.

Su marido no la infundió jamás inquietud.

—¿Que hace tu esposo durante el año?—solían preguntarle sus amigas con extrañeza.

—Pues cazar. Se le va la vida en el coto. Entre las liebres y los ciervos se encuentra como en familia...

Alegre y osada bajó las escaleras de su casa y al pisar la calle de los Caños un escozor de inquietud le turbó el corazón. ¿Porqué? ¡Quien sabe! La tarde con ser primaveral irradiaba tristeza sobre las personas y las cosas. Allá lejos el sol circundado de tintas iridiscuentes disputábase con una nube parduzca inmensa y ramificada como un monstruo de muchas patas el dominio del cielo. Y era angustioso el asistir con la mirada á las peripecias de aquel pugilato.

Matilde consultó su reloj y vió que eran las cuatro y media. —Aguardaré á que sea un poco más tarde, pensó. —Y como llevaba el Kempis en el bolsillo

entró en San Ginés á rezar una estación. Anduvo algunos pasos y se hincó de rodillas casi en el centro de la nave. Una vieja que oraba de cara á una de las capillas laterales volvióse para mirarla con inquisitiva severidad. Matilde abrió el piadoso libro y leyó «El que no está dispuesto á sufrirlo todo y hacer la voluntad del amado, no es digno de llamarse amante. Conviene al que ama abrazar de buena voluntad por el amado todo lo duro y amargo y no apartarse de él por cosa contraria que acaezca». La rubia se mostró sorprendida. ¿Qué extraño sentido tenían aquellas palabras del Kempis que el azar le indujo á leer? ¿Significaban un mandato? ¿Serían una recomendación moral? Asociando las frases del libro á su estado de espíritu

no pudo menos de sonreír con femenina travesura.

Al salir del templo vió que llovía. Del cielo empardecido en una gran extensión, fluía un agua menuda, cernida, desesperante. Aquella contrariedad despertó en los nervios de Matilde una protesta de enojo. ¿Por qué llovía cuando ellas se encaminaba á una cita de amor? Al llegar á la Puerta del Sol la hora señalada en el reloj le produjo alguna alarma circunstancia que la decidió á tomar un coche.

—A la calle de Bravo Murillo, —dijo al cochero. —Yo advertiré donde ha de parar.

Y metiéndose en el simón desmantelado se arrebizó con la capa. Antes de que el coche arrancara advirtió al auriga que se desviase de la calle de los Caños. Echó á andar el vehículo con penosa lentitud como si la lluvia de la tarde emperzease al pobre jameugo que tiraba de él. Emprendió la ruta por la calle del Arenal y embocando la de Campomanes se metió en la Plaza de Santo Domingo donde un ómnibus les interceptó el camino. El incidente quedó resuelto con un tiroteo de blasfemias entre los cocheros. La dama asomada á los cristales por divertirse su aburrimiento sufrió lo indecible.

En esto su mirada errando á la casualidad tropezó con la de un sacerdote que marchaba á pie por la acera en sentido contrario. La mirada del cura antojósele tenaz y acusadora. El temor que empezaba á invadir su alma le hacía ver fantasmagorías y los indicios más menudos eran para ella pábulo de las peores sospechas. Al asomarse advirtió que



paralelamente con el coche tal vez en la dirección de la sacramental de San Luís marchaba un entierro. Vió el carro mortuario de mísero atalaje, los caballos empenachados y cubiertos con sus gualdrapas orilladas de oro, vió el ataúd sólo, solemne, lastimoso en su abandono, vió que detrás iba un carruaje con las cortinillas caídas y aquel espectáculo sumergió á Matilde en la tristeza. Ni por un instante se paró á conjeturar quien podría ser el muerto. Contentóse con herir los cristales delanteros con los nudillos recomendando al auriga que acelerase la carrera.

En frente de la calle del Pez hubo de detenerse el simón. Cuatro compañías de cazadores bajaban en traje de faena por la calle de San Bernardo y enfilando la de los Reyes se dirigieron al cuartel de la Montaña. De nuevo el carro mortuario emparejó con el coche que conducía á Matilde. El deseo de aliviar su contrariedad sugirióle la idea de asomarse. Apenas caídos los cristales, el vocerío de la calle la aturdió. Y á su pesar continuaba viendo el carro mortuario, los caballos empenachados de luto con sus gualdrapas orilladas de oro y, sobre todo, llenándolo todo, imponiéndose á todo, aquel ataúd sin una corona, solemne y lastimoso en su abandono, triste, con la angusta tristeza de lo que mira á otros mundos.

La dama no pudo más. La faltó entereza para continuar aquel viaje furtivo hacia el amor llevando por compañía á la muerte.

—¡Cochero!—dijo asomándose.—¡Vuelve! ¡Déjame en la Puerta del Sol...!

En el agonizar de la tarde, moría todo; el sol, vencido por la gran nube parduzca de los brazos tentaculares, y el amoroso capricho de Matilde anegado en la profunda melancolía de la eternidad que acababa de pasar á su lado...

MANUEL BUENO



Isahey: TIRANDO DE LAS REDES

El nombre de Isahey es uno de los que brillaron más alto en el arte francés del pasado siglo, y puede sostener la comparación con las primeras figuras de la admirable generación del año 30. Arrastrado por la corriente romántica elevóse á las mismas alturas en que se cernía Delacroix, aventajando á éste en corrección de dibujo, aunque, naturalmente, sin igualarle en genio.

GRAN TEATRO DEL LICEO

En el concierto celebrado el domingo 2 de Marzo quedó confirmada en todas sus partes la reputación brillantísima de que venia precedido el insigne pianista Rosenthal. El entusiasmo del público no reconoció límites, y el admirable artista se vió obligado á ejecutar dos piezas fuera de programa para corresponder á los atronadores aplausos con que fué acogido.

«Rosenthal, decía antes de habérsele oído un reputado crítico barcelonés, es el pianista de prodigiosa ejecución que trae á la memoria los buenos tiempos de Rubinstein.

Cuéntanse de su mecanismo portentoso cosas sorprendentes: que no ha demostrado nunca la menor fatiga; que domina las obras más enrevesadas, ejecutándolas de una manera increíble; que toca tres valsés á la vez, haciendo percibir claramente la cadencia de cada uno de ellos, etc.»

Todo ha quedado plenamente confirmado.

Junto con Rosenthal, se presentó en el Liceo el notable director de orquesta Mr. Ernest-Kunwald alcanzando asimismo una calurosa ovación.

Este artista nació en Viena (Austria) el 14 de abril de 1858.

Adquirió el título de abogado y trabajaba con gran lucimiento en el foro; pero sus ideales estaban consagrados á las artes, á la música particularmente y con verdadera pasión desde su infancia. Estudió en el Conservatorio de Leipzig, donde se inscribió en 1883, nombrándole ayudante del célebre Jadasohn. Poco tiempo fué discípulo. La carrera músico dramática y principalmente la influencia de las óperas wagnerianas le atraían y bien pronto se reveló director de orquesta de grandes esperanzas, cimentándose en corto tiempo su buen nombre en Alemania, donde se le prodigaron las contrataciones y se le tributaron las más francas ovaciones.

Fué aceptado en el Gran Teatro de Leipzig y en 1898 escrutado como primer director en el hermoso teatro de Essen-Rühs.

En 1900 fué nombrado primer maestro en Halle y en 1901 al 1902 escrutado por el Teatro Real de Madrid, donde ha dirigido con gran suceso las óperas de Wagner; estrenó *Hänsel é Gretel*, y ultimamente ha dirigido en dicho teatro dos de los conciertos de la Sociedad de Conciertos, con éxito brillante.

Para la próxima temporada de invierno está ventajosamente contratado en el teatro de Frankfort, uno de los principales coliseos de Alemania.

El Sr. Kunwald dejó la impresión de ser un director de orquesta no parecido casi á ningún otro, por su nerviosa manera de señalar las entradas y la justeza con que lleva los tiempos, aparte de su dominio de las obras, cuya partitura puede decirse que se trae en la cabeza.

Gracias á este concierto ha entrado en un nuevo período la temporada de cuaresma de nuestro gran Teatro, pues á decir verdad, la dirección de M. Colonne no produjo tanto efecto como era de esperar, aunque tal vez fuese debido esto al estado de los ánimos después de las violentas emociones por que acababan de pasar los habitantes de Barcelona.



MORITZ ROSENTHAL



MR. ERNEST KUNWALD



Cafía el sol, lentamente, aburrido de su interminable trabajo, tras las verdes montañas, tomaba el cielo un color de nacar sin brillo; y á trechos, empapadas de vida, destacábanse de este fondo moribundo graves manchas rojas, color de sangre, de las que partían delgadas é infinitas rayas de fuego, cual bocas de monstruo: vivía el crepúsculo.

Tomaba la vega un color parduzco que pronto sería negro, brillaba indecisa alguna que otra estrella, y la luna redonda y grande se alzaba pausadamente cual un alma enferma que busca el cielo; oíase sonar lenta y lúgubre una campana, amagábanse ansiosos los pequeños revoltosos de los aires, entraban cabizbajos, maseando lentamente los pacíficos ruminantes en sus establos, rasgaba á intervalos el aire cual guerrero toque de corneta el canto de un gallo, reinaba el silencio respetuoso de la naturaleza: vivía el letargo, moría la vida. Cerrábanse con débiles quejidos las puertas de las blancas casas, que á manera de rebajo reñido, se extendía distantes sobre los campos verdes... ¡La noche! era ya la reina.

¡Tomaban los campos un tono negro, lucían como astros inferiores las blancas casas, eran enormes espejos los mansos ríos, y los quietos pantanos que escalan los frescos musgos; y arriba en la bóveda brumida, brillaba la luna cual un ojo de cíclope, y las estrellas innumerables é infinitas, semejaban los poros del gigante que brillaban eléctricos, sobrantes de vida: arriba un inmenso espejo cóncavo, abajo espejos lisos infinitos, estos copiaban al cóncavo, este quizás los copiaba millares de veces más allá en el infinito, en sus íntimos arcanos. Era la vega un inmenso cementerio, en donde lloraban las plantas impregnadas de rocío, en donde estaban las casas cual sepulcros.

Allá, abrigada de los vientos, diminuta, está la pequeña casa, que el contorno llora al verla; y en sus jardines, los únicos huertos que contienen flores de entre aquellos campos productivos, sentada en un sillón, frente á la luna, está María que todos conocen por la *enferma*.

En esta noche, fueron vanos los consejos de sus tíos, —dos viejos felices que la cuidaban como padres, —queriéndola retenerla en su cuarto: «los aires de la noche son húmedos» «ella necesitaba pasear de día y dormir de noche»; pero no, todo inútil; se ahogaba en su cuarto, necesitaba aire, ver la noche. Y allí estaba, anonadada ante su belleza, creyéndose fuera del mundo, soñando en un ancho espacio del paraíso.

Y abiertos sus ojos hundidos y negros, cayendo ondulante cual un río de oro su rubia cabellera,

sentada languidamente, mira al cielo, dilata su oprimido pecho como si quisiera encerrar en él aquel ambiente sano, sonríe al paisaje enseñando sus dientes diminutos, como si se robasen unos á otros la vida para ocupar un puesto en aquella cavidad sonrosada; á veces un recuerdo cruza su mente, tose secamente, con fuerza, como si algo pugnara salir de sus pulmones, é inclina su rubia cabecita hacia al suelo; y al ver la tierra húmeda que reclama con ansias de avaro su cuerpo, de la juventud perdida, cercana la muerte, y tócase los ojos impidiendo que sus lágrimas entristezcan aquel sublime canto de la naturaleza.

En vano fué la huida de la ciudad, buscando en los aires del campo una muralla al monstruo que roía su pecho; el mal seguía cada vez con más fuerza, más absoluto.

¡Adiós amor!

¡Adiós juventud!

Los dos la rechazaban como un ser indigno; veía imposible las voluptuosidades soñadas, multitud de pensamientos jóvenes; veía su cuerpo flacucho sordo á los arrebatamientos de pasión, sentía un odio salvaje al ver los estremecimientos de las ho-

jas movidas por un dulce espasmo, y allá, lejos en una rama oculta, un ruiseñor inspirado por la belleza, lanza sus trinos de oro, llamando á la hembra; era la hora soñada por los que aman, y ella, allí, sola en la majestuosa noche, sorda al continuo beso de la naturaleza, sentía nostalgia de felicidad perdida, pensaba en el porvenir breve y tempestuoso, viviendo como la ancianidad, olvidando los años, sentía la conciencia revuelta, faltábale aire, y la tos, la tos maldita que maltrataba sus pulmones la hacía escupir sangre.

Cada instante se acercaba al fin.

Las doce. Se levantó, parecía loca, sus ojos eran llamas; juntó sus fuerzas, pocas ya y mantúvose derecha.

¡Adiós! ¡Adiós! Fueron dos gritos sonoros, imposibles creados por aquel pecho, que rasgaron el aire, yendo á perderse sus ondas robustas en el éter limpio; á alguien que se ocultaba lejos.

Eunubeció la noche, ante aquella figura trágica, ante el drama frenético tras aquella blanca frente.

Sentóse de nuevo, ocultaba la cabeza como una bola de oro, entre las flacuchas manos, movido el cuerpo bajo vibraciones misteriosas, diciendo adiós á la naturaleza, al amor perdido.

La tos esta vez fué prolongada, sonora; temblaba su cuerpo, un sudor helado bañaba la frente de María, gruesas bocanadas de sangre caían sobre la verde hierba... é incliné su rubia cabecita, como la inclina un pájaro que muere.



(Dibujos de P. Molinas)

SANTIAGO OZALLA



F. Wolf from DON JUAN
Ayuntamiento de Madrid

CARINO GITANO

Sube, que sube.
El paseo es magnífico á pesar de su inclinación pronunciada.

La cárcel se alza arriba como corona blanca de su gentileza. Parece puesta allí para que todo el que, en él goce de la libertad, abandone su tugurio ó su morada confortable ó opulenta, por alegrar sus ojos con la luz de un sol espléndido y refrescar sus pulmones con el ambiente embalsamado por los perfumes del monte próximo sobre el que negruzco se alza Gardeny, piensa en que hay castigos en la tierra para los malos y alguna vez también para el inocente que la desgracia hizo presa suya.

El aspecto de la cárcel más bien es el de un hotel fabricado para solar de la fortuna que de lugar de penitencia para el crimen. A no ser por la garita del centinela y los soldados que ante la puerta matan las interminables horas de guardia, cualquiera, al ver esa fábrica moderna preguntaría ¿quien es el dueño?

En la cárcel acaba la perspectiva agradable. Detrás de ella la tierra inculta de los tejares extiéndose angulosa y desnuda hasta el pie de la montaña que sirve de pedestal á la mole de piedra, antiguo y magnífico convento, que, circundado de murallas, hace de principal castillo. La vega de hermosa verde está á la izquierda, oculta por los copudos árboles en la carretera alineados, como interminables filas de infantes, presentando las armas á su fecundidad y á su belleza.

Del lado triste, frente al yermo pobre se ven las ventanas abarrotadas de las celdas de los penados; del lado alegre ante el paseo donde la vida gozosa se concentra los altos ventanales de la alcaidía y de la servidumbre que colocaron en ellos flores que perfuman y jilgueros gorjeadores. Atrás las dos garitas donde los centinelas vigilan sin cesar, delante el dormitorio donde los soldados descansan sobre el camastro de madera vieja.

Allí la ví, al subir de guardia; en el yermo, sentada en una piedra, oculta en un hoyo, acurrucada, con la mirada fija en una de las ventanas de la cárcel estrechas y tristes. Eran sus ropas casi harapos y sucias, su cara morena, casi negra, abrasada por el sol y la intemperie. Sus ojos como su pelo relucían con los fulgores del azabache.

No se movía, parecía encantada.

¿Quién será esa mujer? ¿Qué mirará? ¿Vendrá á hablar con alguno de los de adentro? me preguntaba.

Teníamos orden de intimar el silencio á cuantos quisieran entablar conversacion con los reclusos y temíame que, si aquella mujer lo intentaba, sería fácil que quebrantara la consigna y no la hiciera enmudecer con mi mandato inapelable como el de un monarca.

De tal manera la impresión que me causó aquella mujer predisponía á la piedad. Tenía para mí la atracción misteriosa de lo nuevo y de lo sublime.

—¡Lola! ¿Estás ahí?

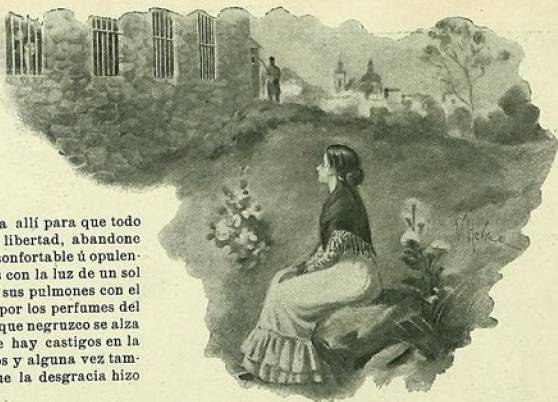
—Sí. ¡Siempre!

—Gracias...

Dos voces; la una de arriba, de timbre varonil con acentos indefinibles de amargura y de cariño; la otra de abajo, de mujer suave, rebosando ternura y energía. Y habían sido ellos. El de la celda y la del hoyo... habían hablado en un instante.

Su voz pasó por mis oídos como el fulgor de un relámpago por los ojos; pero aun tan breve, tuvo tiempo para conmovir mi corazón y sacudir los afectos de mi alma. Aquellas seis palabras debían oírse algo muy grande, algo de lo que no se ve en el *maremagnum* social que la libertad engendra.

¿Habría más? Si lo hiciera, había habría abandonado el fusil para poner las manos, como tornavoz en mis oídos y no perder ni una de sus palabras. —*Sí, ¡siempre!* —Allí debía estar lo sublime; cuando lo dijo se asomaron á sus ojos los sentimientos más hermosos de su alma; así mirarían los mártires al cielo



al ser llevados al sacrificio; el primer arrebol de la aurora no tiene más belleza que el centellear de aquellas pupilas negras. La contemplé anhelante y estuve por gritar: ¡había!

Un perfume el más ligero evoca en nosotros el recuerdo de toda una admirable cadena de sucesos pasados. Así fueron para mí las palabras de la mujer. El mundo santo, el de los soñadores y el de los poetas se presentó á mis ojos, como evocado por influjo ignato de varita mágica. Ese mundo en que la mujer ama poniendo en su cariño la esencia de la ternura y ama hasta morir. Dos brillantes que asomaban sus ángulos deslumbradores perdidos en el cieno; oro revuelto con las arenas de la tierra; dos virtudes pugnando por desasirse de la asquerosidad del vicio; dos amores inmensos, ocultos por la sábana glacial del egoísmo humano. Eso eran la del hoyo y el de la celda.

Para mí al menos

Lloraba la pobre gitana cuando lo decía y yo casi lloraba también. Al servir á la Patria se quiere más al que sufre que al que se divierte, al pobre desamparado que al rico. Y es que el soldado padece y que los pobres dan sus hijos para camaradas suyos y los ricos no.

Salió fundada mi sospecha. La gitana me lo dijo. Aquella pobre mujer, harapienta, negruzca del yermo y aquel hombre cuya era la voz que arrojó la ventana de la celda eran *cañís*, como ella; gitanos pobres, gitanos indignos, eternos merodeadores del bien ajeno y faltos de todo sentimiento noble.

Eran los dos unos crios y ya se querían entrañablemente. Hay odio gitano, pero hay también cariño *cañí* y con este cariño se querían los dos mocosos de pelo enmarañado. Las desventuras de la vida errante apegaron un espíritu contra otro y cuando el chicuelo llegó á contonearse entre los mozos y la cría derramaba la gracia juvenil, levantando á su paso, no obstante, lo de indigna y mero deadora, ráfagas de piropos de los cipayos, nada, que ya estaba preparada la cazuela para volar por los aires y romperse en cien añicos. Cuando estos se juntasen habían de separarse los dos sandungueros... Más la vida es así, aun para los gitanos: no tiene gozo cumplido. Una tarde á uno de la raza, desdichado por dolilla, le dió por insultar á aquel capullo de rosa fragante. El *cañí* José María no estaba con ella, cuando la insultaron. Allí en la feria ensayaba su elocuencia para tratar en sus burros y en sus yeguas. La ganancia sería para ella; menudas aguijas para el pelo que iba á comprarle. La cabeza de Lolilla parecería igual que la corona de una reina.

No estaba con ella pero se lo contaron y al otro día se supo que José y Juan Ramón habían reñido y que Juan estaba en la calle con el pecho atravesado por una tijera.

—Se emborracharian anoche y mira...—decía un cipayo.

—¿Estás ahí?—St, siempre.—Se lo habrá prometido al abrazarse á él cuando lo metieron en la cárcel después del juicio.

Donde lo llevarán iría ella y, mientras hubiera luz, estaría mirando á la prisión ¿qué eran ocho años? Para el cuerpo mucho, para el cariño nada.

Y allí estaba en el hoyo, acurrucada, con la mirada fulgurante fija en la ventana estrecha de cerca del alero esperando aquella voz que para ella era como del cielo venida.

Al hoyo le llevaban la comida, al hoyo iban á visitarla y cuando la luz ocultábase allá lejos, una cabaña pobre cobijaba á la *cañí* sublime.

Los días en que podía verle de cerca y hablarle mucho, mucho y darle cuanto había alcanzado para que fuera menos desesperada la prisión, aquellos días en el corazón de Lolilla repicaban á gloria y se la veía, luego de hablar con él, llorando en el hoyo.

Pero no era de desesperación, era de gozo. Ya acabaría aquello. ¿Qué son en cuatro años que faltaban? Para su cariño *cañí* nada, absolutamente nada.

MARIANO URBANO LANASPA





V. Peruzzi: BAJO RELIEVE DECORATIVO PARA LA ESCALERA DE UN PALACIO DE NAPOLES

ARTE CONTEMPORANEO

Posee este cuadro el opulento coleccionista de Chicago Mr. Jerke, que va arramblando con infinidad de preciosidades nuestras, es decir, europeas, para hacer con ellas uno de los principales ornamentos de *Porcópolis*. Pocos asuntos han inspirado con mayor frecuencia á literatos y artistas que las consabidas *Tentaciones*, de tal manera que por ello ha llegado á ser el rudo anacoreta de la Tebaida uno de los santos más populares, lo mismo en España que fuera de aquí. Y es particular que hoy mismo en pleno siglo escéptico, perdure la afición á tratar el tema en que desde tiempo inmemorial se ejercitaron las más peregrinas plumas y los más ilustres pinceles.

Recordemos los nombres de Callot y Goya, y modernamente el de Gustavo Flaubert, que unidos al de Teniers bastan para tejer á las *Tentaciones* una corona de que poquísimos otros asuntos podrían



LAS TENTACIONES DE SAN ANTONIO, cuadro de David Teniers

ufanarse. Y es que realmente se trata de un hecho eminentemente propio para ser trasladado al lienzo ó para ser descrito en sonoras estrofas ó en páginas llenas de color.

Lugar de la escena, el Alto Egipto, con su espléndida luz, el Nilo y la inmensidad del desierto, encajonado entre montañas horadadas por millares de grutas y sembrado de palmeras. Personaje: un santo varón, que lleno de unción religiosa abandona el mundo para hacer vida penitente, como tantos millares de otros santos varones, no menos poseídos de místico fervor. (Este misticismo, dicho sea entre paréntesis, no impedía que de vez en cuando aquellos solitarios requiriesen sus garrotes, y reuniéndose en tropa á horda, entrasen en Alejandria y le rompiesen la crisma á Hipatia, con viva satisfacción de los Clementes y demás enemigos del paganismo).

Legiones de espíritus malignos atosigan sin cesar al santo anacoreta, preparándole mil lazos y emboscadas para hacerle esclavo de las potencias infernales. *Et ne nos inducas in tentatione, sed libera nos a malo* murmura incesantemente San Antonio al ver entrar por la boca de su cueva á tanta suerte de gentes que llegan allí para tentarle; pero el virtuoso solitario es invulnerable, y al par de eso perspicaz como pocos: bajo aquellos rostros ora de virtuoso personaje, ora de seductora dama, ora de compasivo viandante descubre los vestigios del infierno; su olfato percibe el más ligero olor á azufre; su vista penetra, á manera de rayos X, bajo las tocas y los zapatos, y descubre los cuernos y el pie ahorquillado del tentador.

FEBRERO



—¿Si será la máscara del baile de piñata? porque aquella en cuanto la dirige la palabra, me llamó tonto... y está también.



—No vamos al templo en cuaremas, porque no nos lo permiten nuestras ideas.
—Y no nos vamos a tomar algo porque no nos lo permite el bolsillo.



—Este año al fin, he ido a un baile de máscaras! ¡Esta es mi primera calaverada!
—Este año todavía he ido al baile, aunque con trabajo. ¡Esta debe haber sido mi última calaverada!



PESCADERÍA SOCIAL
Una trucha y un atún
(apunte del natural.)



—Ya se acabaron las arriesgadas aventuras, los locos devaneos, y las bulliciosas francachelas, y ahora a ayunar... es decir, a seguir ayunando.

Con
los se
dores
album

Sido
Zola.
La
Bernar
El d
relian
La
Emilio
El fi
Alexis
Sant
Zola.
La fi
Zola.
El se
de L'I
Sin t
Los
(ilustra
El m
rico So
La in
por Car
Para
nistraci
za de T

Y
ni s
si n
del

LOS

Bien c
que no l
sol. ¿Qu
la idea
se remo
dad, y
los Mon
blets, H
ción de
mismo q
Refer
Alejand
panas d
(32 a. J
marina
antigua
fué pres
Castilla
de máq
artificio
después
William
jeiul cons

RESERVA

PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 10.º de regalo, del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA ROSA

Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.

La piel de León, por Carlos de Bernard.

El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.

La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.

El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.

Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.

El secreto del cadalso, por Villiers de l'Isle Adam.

Sin trabajo, por Emilio Zola.

Los sufrimientos de un húsar, (ilustrada) por Paul de Molènes.

El maestro de escuela, por Federico Soulié.

La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

..

Yo no podría moverme, ni siquiera un paso así si no hubiera en la callicida del doctor LADIVONSIM.

LOS SUBMARINOS EN LA ANTIGÜEDAD

Bien dijo Salomón, ó el que fuese, que no hay nada nuevo debajo del sol. ¿Quién diría, por ejemplo, que la idea de la navegación submarina se remonta a la más alta antigüedad, y que antes de haber nacido los Monturios, Perales, Zedés, Goblets, Hollands, etc., hubo una porción de sabios que se propusieron lo mismo que ellos?

Refiere en efecto, Aristóteles, que Alejandro Magno se sirvió de campanas de buzo en el sitio de Tiro (332 a. J.), pero la navegación submarina tiene antecedentes menos antiguos y más precisos. En 1538 le fué presentada a don Carlos I de Castilla, ó sea Carlos V, una especie de máquina de sumersión; análogo artefacto inventó cuarenta y dos años después en Inglaterra el mecánico William Burnes. En 1605 Miguel Pezueli construyó un aparato que pasó,

en aquel tiempo, por una verdadera maravilla, y en 1630 el holandés Cornelio van Dreblee construyó los tres primeros barcos verdaderamente submarinos.

Desde entonces acá se han inventado nada menos que 173 tipos de submarinos, en España, Inglaterra, Italia, Francia, Estados Unidos, etc.

ARTIMAÑA

ALBUERASORIA
PAZYVIDACOMO
VENCEJO, SALTA
YACENSURASTE
DO SCINCODIEZ
MOLINAPEREDA
SONBIZCOCHOS

Del precedente grupo de letras tapar dos trozos con dos pedazos de papel, para que con las letras que quedan descubiertas se pueda leer un refrán en líneas horizontales.

NOVEJARQUE

CANTARES

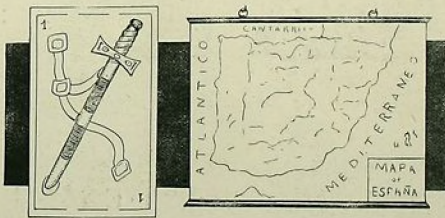
Vivo por unos seres que me dan vida; sino fuera por ellos me moriría.

Me quedé sin corazón solo porque no sabía que era el corazón de Dios y no me pertenecía.

RAFAEL FERNÁNDEZ

Las soluciones en el próximo número

ACERTIJO CHARADÍSTICO, por Novejarque



Buscar el nombre de una hierba que con sus sílabas se puedan formar charadísticamente los dos significados precedentes.

SOLUCIONES

de los pasatiempos del número anterior

Un cuadro y un pintor.—

| | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|
| B | A | R | T | | | O |
| L | | O | | M | | |
| E | | E | S | T | E | |
| B | | | | | | |
| A | | | | | N | M |
| | | | | | | U |
| R | | | | | | I |
| | | | | | L | L |
| | | | | | O | |

Horizontalmente:

BARTOLOMÉ ESTEBAN MURILLO

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

F. U.—Madrid.—Recibido el cuento que procuré insertar lo más pronto posible.

R. B. S.—Barcelona.—He de decirle del cuento que ha enviado lo mismo que del anterior: muy moral, pero con evidentes inexperticias en cuanto a la forma.

A. R. E.—Córdoba.—Buena poesía. Irá.

F. O.—Barcelona.—La poesía está bien, pero resultaría fuera de propósito cuando se publicare, en lo cual tardaría algo.

V. G. L.—Madrid.—Pero caballero ¿que me ha enviado usted? No necesito duplicados. Ese cuento de los clavetes rojos, exactamente igual, y firmado por otra persona, obra en mi poder desde algunos días antes de enviarme usted la copia.

Un principiante.—Valencia.—Las dos poesías son perfectamente aceptables. Veo que no principia usted mal.

F. E. Z.—Valparaíso.—Le felicito por su hermosa poesía que publicaré con el mayor gusto.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTERSE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ENTABLAMIENTO TIPOLOGRÁFICO EDITORIAL «LA LÍBRICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

ABISINIA



GUERRERO DE ASABA